CAPÍTULO IX. *Que trata de otras gentes, llamados teochichimecas, que vinieron en busca de los ya poblados en estas tierras de esta Nueva España*

IEN QUISIERA (así como hacen los demás historiadores) poner las cosas de historia que voy contando por el modo y estilo que los demás han hecho, contando los años y certificando las edades de todas ellas; pero como sigo los escritos y crónicas que estos mismos naturales tenían no puedo poner en ejecución mi deseo e intento; porque según corre ya por ellos sólo se han contentado con hacer memoria de todas estas cosas en cantares que para ello han hecho y ordenado sin atender a los años en que todas sucedieron. Lo cual no hace pequeña falta para la satisfacción de los que la leyeren, a los cuales advierto que ya que falta la cuenta de los años, no al menos la puntualidad y verdad de la historia, por haberla examinado con grandísima particularidad y sumo cuidado.

Siguiendo pues mi intento digo: que tras estas familias, y generaciones ya nombradas, vinieron otros ejércitos y escuadrones de gentes, llamados teochichimecas, muy semejantes a los primeros pobladores de esta tierra, los cuales habiendo peregrinado por grandes desiertos y serranías grandes y muy ásperas montañas en demanda y busca de los primeros chichimecas, aculhuas, tepanecas, chalmecas, ulmecas y xicalancas, deudos y parientes suyos, llegaron a la provincia de Xilotepec y a la de Hueipuchtlan, Tepotzotlan y Quauhtitlan donde hicieron mansión y asiento por algún tiempo; pero viendo la tierra tan poblada y tan llena de estas que primero habían venido prosiguieron su viaje hacia la provincia y reino de Tetzcuco, donde sabían ser la cabeza y señorío de los aculhuaques y tetzcucanos, los cuales llegados fueron muy bien recibidos de los señores de la tierra, sabiendo que eran todos unos de una generación y de una patria. Y después de haberlos acariciado y regalado los acomodaron y situaron en un lugar donde pudiesen asentar su campo en el ínterin que hallaban tierra en que poder poblar. Este sitio fue entre la ciudad de Tetzcuco y pueblo de Chimalhuacan, que es a la vera del agua de esta laguna mexicana, casi dos leguas de la misma ciudad de Tetzcuco. Los chichimecas se arrimaron a las faldas de la sierra y montaña de Tetzcuco, que los naturales llaman los llanos de Poyauhtlan; y otros dicen que este asiento es el que ahora tienen los del pueblo de Quauhtinchan, que según esto son estas gentes mezcladas con aquellos primeros que vinieron, cuyo rey y principal caudillo fue Xolotl. Y aunque es verdad que allí se alojaron de paz, estuvieron siempre en continua vela; porque aunque los naturales de aquellos lugares y provincias les habían dado la tierra que poseían y les habían hecho mucha caricia y regalo con muchas mercedes que habían recibido, no se fiaban del todo de ellos porque se temía no les hiciesen algún agravio o enojo, cogiéndolos descuidados como suele suceder en casos semejantes con gentes extranje-

ras. En este lugar de Poyauhtlan estuvieron poblados mucho tiempo, en el cual se sustentaban de caza y monte (como costumbre que tienen y han tenido chichimecas, por ser como eran grandes arqueros y aventajados en esta arma, más que otros ningunos).

Estos teochichimecas tenían por dios a Camaxtle (que es el mismo que los mexicanos llamaron Huitzilopuchtli), el cual hablaba con ellos y les decía y revelaba todo lo que habían de hacer y en que partes y lugares habían de poblar y permanecer; y como las gentes vecinas sabían el favor que su dios les hacía y el daño que les podía resultar en agraviarlos no los osaban enojar. Pero pasado algún tiempo que allí estuvieron, como se iban multiplicando y los vecinos y comarcanos perdiendo sus tierras (porque los teochichimecas las iban ocupando y se apoderaban de ellas) recelaron su daño y con el temor que tenían pensaron que si prevalecían habían de llegar a ser señores suyos los que antes habían recibido por huéspedes. También sucedió que estos teochichimecas, olvidados del buen hospedaje y tratamiento que les habían hecho, comenzaron a desmandarse y hacer algunos agravios a los comarcanos, en orden y razón de ensanchar su sitio y engrandecer su lugar. Por lo cual los dichos comarcanos y vecinos, olvidado el miedo que les habían cobrado, determinaron de echarlos de él y hacerles que fuesen a buscar otro. Para esto les movieron guerra, a la cual se juntaron grandes huestes por parte de la laguna y ejércitos copiosos por estotra parte de la tierra y todos juntos vinieron a dar sobre estos teochichimecas de Poyauhtlan.

Los teochichimecas (como gente valerosa y esforzada que era) habiendo vivido siempre sobre aviso y con recelo de esto que ahora pasaba no estaban a la sazón descuidados, y así les salieron al encuentro con gran furia y ferocidad a defenderse y resistirse de la muerte que los enemigos los ordenaban; y fue de tal suerte y manera el acometerlos que dicen las historias y cantos antiguos, donde esto se trata, que desde el lugar donde es ahora el pueblo de Cohuatlichan hasta el de Chimalhuacan y toda aquella marina y orillas de la laguna no había otra cosa sino arroyos de sangre y hombres muertos, en tanta manera que toda el agua de aquellas riberas no lo parecía sino pura sangre; y tanta maña se dieron los teochichimecas que desbarataron a sus enemigos con grande mengua y afrenta que llevaron, y se volvieron ellos cantando victoria y llenos de gloria vana a su asiento y real de Poyauhtlan.

Dicen los naturales de aquella tierra que en memoria de esta tan sangrienta batalla comen cierto marisco, que en esta misma laguna se cría, que tiene por nombre izcahuitli y hay en ella mucha cantidad y tiene el color de sangre algo requemado y de color leonado, que es a manera de llama colorada, la cual cogen y la tienen por granjería los pescadores de allí; y dicen fabulosamente que de la mucha sangre que se derramó en aquellas aguas se convirtió en esta lama y marisco. La verdad es que esta yerba se cría en el agua y en esta parte también fue el derramamiento de aquella mucha sangre.

Pasada esta dura y cruel guerra, entre los aculhuas y tepanecas con los

teochichimecas, y viéndose ya una vez acometidos pusieron en sus corazones que si más aguardaban les harían mayores guerras (porque esto es cierto que el enemigo descubierto lo es en todas ocasiones). Por lo cual determinaron de irse de allí y pasar adelante en busca de tierras nuevas, más extendidas y anchas donde más a su placer y gusto viviesen saliendo de aquella estrechura en que estaban.

CAPÍTULO X. *Que trata de cómo estos teochichimecas desampararon el lugar de Poyauhtlan y pasaron adelante por mandamiento y ordenación de su dios Camaxtle; y se dice cómo se dividieron en dos partes, yendo los unos por las tierras de los chalmecas hacia el mediodía; y los otros hacia la parte del norte; y cómo muchos de ellos quedaron poblados en algunos sitios del camino que llevaron, en especial en Tullantzinco*

UIDADOSOS VIVÍAN ESTOS TEOCHICHIMECAS desde aquel día de la batalla y ganosos de desamparar el sitio por buscar otro que más a cuento les estuviese; pero aunque estaban determinados de hacerlo no se atrevían hasta consultar a su dios, para que como en otras ocasiones en ésta los ayudase y dijese su voluntad, el cual les habló diciendo, que levantasen el real y partiesen a otras tierras donde había de permanecer y establecer su nombre; porque el lugar que habían poseído hasta entonces no era el proprio de su asiento, que fuesen buscando el día y el sol.

Este modo de hablar, cuentan las historias tlaxcaltecas, que se lo dijo el ídolo por estas palabras: *oncantonaz, oncantlahuiz, ocanyazque, ayamonican;* quiere decir: Adelante habéis de pasar, que aún no es aquí adonde ha de amanecer y salir el sol; queriéndoles decir en esto que estaba adelante su ventura y señorío. Ellos, consolados con la respuesta de su oráculo y viendo que tenían propicio a su dios, dieron de ello aviso a los señores tetzcucanos, pidiéndoles licencia como a hermanos y amigos para partirse, excusándose de lo pasado y diciendo cómo su venida no había sido para matar gentes sino para vivir en paz y sosiego con los vivos, pero que los vecinos y comarcanos, ofendidos de su morada, les habían querido hacer guerra, y que por esto (y también porque su dios se lo mandaba) los dejaban y se iban; pero que ellos lo supiesen y estuviesen ciertos que los amaban como a deudos y padres y estimaban como a señores, y que pretendían pasar adelante hacia aquellas partes donde sale el sol y llegar hasta Teotlixco Anahuac, que quiere decir a los fines de la tierra y a las orillas y costas de la mar; para lo cual, y emprehender esta jornada, querían su beneplácito, deseando que fuese con su licencia y voluntad, porque si en algún tiempo les aconteciesen algunos trabajos e infortunios y los hubiesen menester para hacerles favor y socorro, los hallasen y acudiesen